EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACIÓN HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA, CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

PRECIO DE SUSCRICION.

En México ..... $ 3 00 trimestre adelantado.
En los Estados ..... 1 50 " "
En las Repúblicas del Sur y Centro América ..... 9 00 semestre adelantado.
En Europa los agentes fijarán los precios.

Números atrasados, 50 centavos.

AÑO V.—TOMO VIII.—NÚM. 2

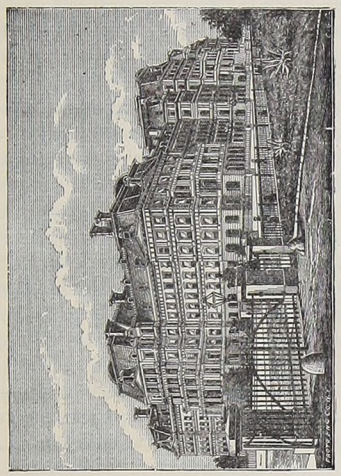
MÉXICO, 9 DE ENERO DE 1887.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
Calle Amor de Dios número 7

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando á veces cinco números mensuales, dándose además como suplemento á los suscritores, con cada número,
Un periódico mercantil y de noticias.
La suscrición es por trimestre ó semestre.

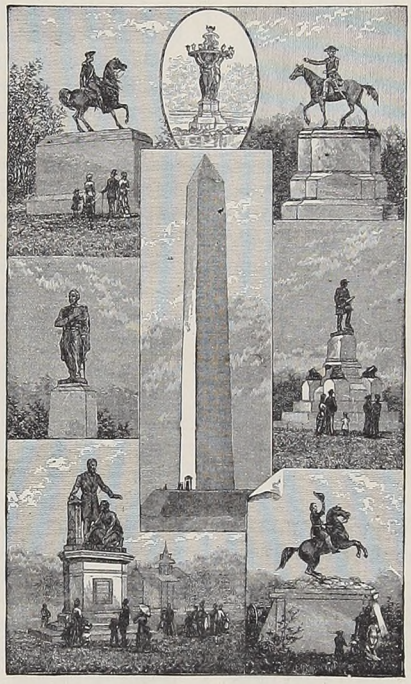
Apartado en el Correo núm. 604.



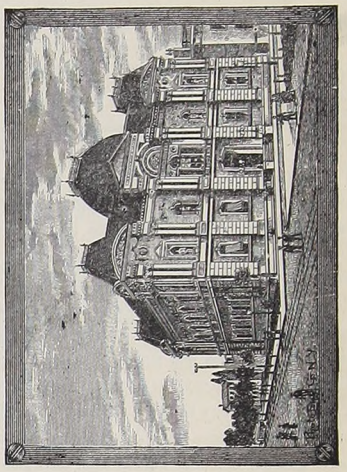
Ministerios de Estado, Guerra y Marina

WASHINGTON

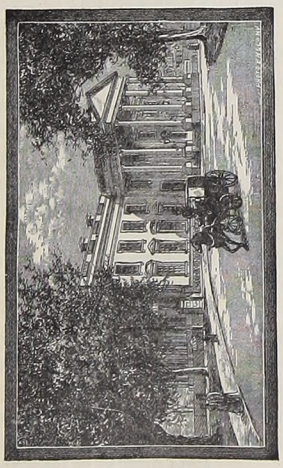
Capital de los Estados-Unidos del Norte.



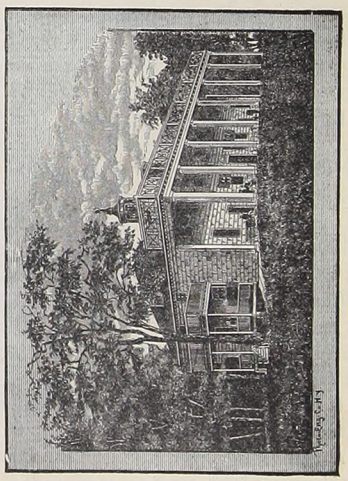
Varios Monumentos de la Capital



Galería artística de Corcoran



La Casa Blanca, Palacio del Presidente de la República



Mount Vernon, Residencia particular del Presidente de la República

LAS MUJERES ASTRÓNOMAS.

(Conclusión.)

En una sociedad tan frívola como la que rodeaba á Mme. Chatelet, no podia encontrar gran apoyo, y las mismas mujeres fueron sus más encarnizadas enemigas, persiguiéndola con sátiras y epigramas Mme. Du Deffand y Mme. de Stael; pero ella supo arrostrarlo todo con indiferencia, por más que se necesita una coraza de bien templado acero para que no la traspasen los dardos emponzoñados de una crítica fria y malévola.

Otra figura tan interesante como la de Mlle. de Breteuil y aun más simpática, es la de Carolina Herchel, que descubrió ocho cometas y que jamás pudo escribir el inglés con ortografía. Nombrado organista de la capilla octógona de Bath en Inglaterra su hermano William Herchel, éste la sacó de Hannover, donde vivía al lado de su madre, y la llevó consigo. La educación de Carolina habia sido muy descuidada, y desde el primer dia emprendió la tarea de instruirla, consiguiendo los más satisfactorios resultados por la buena voluntad y aplicación de la discípula en cuantos trabajos emprendía, llegando á estar con su hermano á la cabeza de la sociedad musical de Bath.

La misma afición por la música llevó á Herchel á otra clase de estudios, porque al examinar las obras de Robert Smith, sucesor de Cotes en la Universidad de Cambridges, este estudio físico-matemático lo inclinó á otro ramo de la física, á la astronomía, por la que demostró gran entusiasmo, y desde entonces dedicaba cuantos ratos le dejaba libre su trabajo musical, á estudios de óptica. Empezando á servirse de un telescopio de Gregory, trató de estudiar su construcción y de perfeccionarlo; pero deseoso de poseer uno de mayores dimensiones, tropezaba en el inconveniente del alto precio de los espejos, y en vista de que no podía adquirirlos, decidióse á trabajar él mismo en su construcción; mas al poner en práctica el proyecto fueron tan notables los progresos que introdujo en los métodos para construir estos aparatos, que inventó el telescopio que lleva su nombre.

Carolina le ayudaba y distraía leyéndole libros recreativos, sin que por eso abandonase la música; copiaba partituras, ensayaba coros y hasta tomaba lecciones de baile, porque como ella misma dice, su profesora en este arte, Miss Fleming, quería hacerla una mujer de moda, aunque no pudo conseguirlo.

El planeta Urano, descubierto por William Herchel en esta época, hizo de él un hombre célebre, y la casa de Bath se vió visitada por los más distinguidos astrónomos, deseosos de conocer al inventor de los maravillosos anteojos. El diario que por entonces llevaba con escrupulosa exactitud Miss Herchel, contiene datos que prueban el gran número de telescopios que tenían encargo de construir.

Nombrado William, por el rey Jorge, su astrónomo particular, abandonó la música por completo y se estableció en Londres. Carolina lo siguió, y á partir de aquí, puede decirse que empieza la carrera científica de la hermana del astrónomo. Para animarla en sus aficiones le fué entregado un telescopio, del que hizo uso anotando cuantos datos importantes resultaban de sus exploraciones en el cielo; pero la tarea que se había impuesto era la de calcular con exactitud la hora en que se observaban los fenómenos que se trataba de estudiar, y escribir los cálculos y apreciaciones hechas.

Desempeñó este trabajo minucioso y delicado con tanto interés como inteligencia, sin más ambición que la dicha de ser útil á su hermano y no separarse de él.

En 1780 se construyó el gran telescopio de 40 pies, obra maestra de Herchel, y que no terminó sin vencer muchos inconvenientes, ayudado siempre por Carolina. Esta casi no hacía sus observaciones particulares sino cuando William estaba ausente, y en una de esas ocasiones descubrió el primer cometa, por Agosto de 1786; así fué descubriendo hasta ocho; mas lejos de mostrarse ufana y orgullosa por los resultados obtenidos en sus exploraciones, volvía con modestia á ocupar su puesto de calculadora cuando su hermano se hallaba á su lado, sin hacer otra cosa que anotar en el diario el momento de los descubrimientos hechos. Llevó á cabo algunos otros trabajos personales, como fueron un catálogo de 860 estrellas observadas por Flamsteed, y el de nebulosas estudiadas por William, lo que valió á esta señora la medalla de oro de la Sociedad Real Astronómica de Londres y el título de socia honoraria de la misma, distinción bien merecida.

A pesar del cariño que profesaba á su hermano, no pudo resignarse á ocupar el segundo lugar, por lo que se separó de él al contraer William matrimonio. No obstante, volvía cuando su hermano se ausentaba para cuidar los aparatos é instrumentos astronómicos. A la muerte de aquel abandonó la Inglaterra por su país natal (Hannover), donde falleció á la edad de noventa y ocho años, ordenando pusieran junto á su cadáver un viejo almanaque que había pertenecido á su padre y un rizo de los cabellos de su hermano, prueba de que en su corazón estaban unidos el amor fraternal y el de la ciencia, á la que se aficionó por este mismo amor.

Mme. Rümker, esposa del director del Observatorio astronómico de Hamburgo, y auxiliar constante en los trabajos de su marido, descubrió también un cometa en 1847.

Otra mujer notable, nacida en el hermoso suelo de Italia, Mme. Scarpellini, es conocida y admirada por sus estudios en la ciencia del cielo, hasta el punto de que su patria, honrándose de tenerla por hija, levante una estatua á su memoria. Esta señora fué tenida en la pila bautismal por su tío el astrónomo Feliciano Scarpellini, fundador del Observatorio del Capitolio y profesor de dos Universidades de Roma, pareciendo ya ésto una predestinación. Aficionóse Catalina Scarpellini desde pequeña á los estudios serios, afición que se aumentó con la edad. Entre sus trabajos se cuenta el haber organizado la estación meteorológica-ozonométrica del Capitolio, aplicada á la previsión del tiempo, y redactar el boletín para dar á conocer el resultado de las observaciones. *La Correspondencia Científica* de Roma tenía en ella un activo colaborador, y como Carolina Herchel y Mme. Rümker, descubrió un nuevo cometa en 1854. En esta época agitaba al mundo científico la gran cuestión de las estrellas fugaces, y á dicha señora se debe el primer catálogo de estos meteoros observados en Italia, siendo la sola que estudió en Roma la célebre lluvia de estrellas en 1866. Ha dejado interesantes estudios sobre la influencia probable de la luna en los temblores de tierra, que le valieron distinciones por parte de la Sociedad de naturalistas de Moscow, del Instituto geológico de Viena, etc. Gran número de sociedades científicas la nombraron miembro honorario, y por último, en 1872, el gobierno italiano le concedió la medalla de oro por sus trabajos. A los elogios que Mme. Scarpellini merece por su afición á los estudios científicos, hay que añadir á los que á la vez la honran como buena esposa y amante madre, según el testimonio de cuantos la trataron.

Ni he agotado el asunto, ni me faltan nombres que añadir á los citados, pero temiendo cansar, sólo mencionaré algunos como el de Mme. Hortensia Lepaute, mujer del relojero del mismo nombre que calculó un cometa con Lalande; el de Miss Ashley, que estudió científicamente la superficie lunar, pudiendo leerse sus trabajos en la *Selenographical Journal;* el de Mlle. Pogson, que dirige un observatorio de la India inglesa, en Madrás; y por último, en América son muchas las jóvenes que están empleadas como calculadoras en los observatorios.

No quiero terminar sin rendir un homenaje de respeto á otras mujeres que, sin contribuir directamente al adelanto de la ciencia del cielo, han sido y son el continuo sosten de sus esposos, animándolos en los estudios astronómicos. ¡Hermoso es el papel reservado á la mujer del sabio cuando lo llena con honor! Siempre se recordará con emoción y gratitud á Mme. Asaph-Hall, cuya enérgica perseverancia sostuvo á su marido, que cansado al ver que sus investigaciones para descubrir los satélites de Marte no le daban resultado, iba ya á renunciar á su observación, cuando á instancias de su mujer hizo la última prueba que coronó el más feliz éxito. No es menos digna de respeto y consideración Mme. Janssen, que muchas veces se ha desterrado á lejanos países, sufriendo privaciones sin cuento por seguir á su marido, el eminente director del Observatorio de Meudon, para llevar á su lado una vida difícil y llena de trabajos que acepta con gusto, animándolo en sus fatigosas tareas.

¡Honor á todas estas mujeres, á estas trabajadoras de la inteligencia, que claman en favor de las reivindicaciones de su sexo mejor que los más filantrópicos discursos! Han probado que cuando se quiere se puede, y de ello deducimos que ésto debe aplicarse indistintamente á todos los que se entregan en cuerpo y alma á una gran causa.» . . . . . .

. . . . . .

Sólo añadiremos á tan erudito artículo que honra á nuestro sexo, que si la mujer ha de ponerse en condiciones de prestar servicios á las ciencias y á las letras, ya directamente como Mme. de Chatelet y Mme. Scarpellini, ó indirectamente como Mme. Asaph-Hall ó Mme. Janssen, es necesario que se atienda algo más á su educación para que no sea la compañera frívola y caprichosa del hombre, sino la esposa ilustrada, la madre inteligente que haga amar el estudio á sus hijos, y que como Margarita Kirche, influya benéficamente en su porvenir.

ADELA RIQUELME DE TRECHUELO.

LA MUJER.

CONTESTACIÓN A UN AMIGO.

Querido Antonio:

Antes de entrar en materia en esta primera carta de nuestro tercer estudio, es imperioso para lo que respecto de mí pudiera creerse, hacer una terminante aclaración, sugerida en mi ánimo al leer el principio de tu último escrito relativo al matrimonio.

Después de darme las razones en que te fundas para asegurar que fué ilusorio el triunfo que de mi parte creí obtener, me manifiestas tu deseo de que la victoria quedara por mí al finalizar nuestra contienda; pero agregas: «la nobleza de la causa que yo defiendo no lo permite, y tendremos que venir á parar á un acuerdo, nombrando un juez competente á cuyo fallo nos sujetaremos, publicándolo como término de nuestra polémica.»

En lo que dice al triunfo real ó imaginario de que se trata, no pondré una sola palabra para disputarlo, sólo sí te recordaré que desde el principio de la presente réplica, dije con toda claridad que la victoria quedaría tal vez de tu parte, sin esperar yo de la mía ni el más insignificante laurel al acabarse la lucha.

Dicho esto, vaya la aclaración que conceptúo preciso formular, y la cual deseo que las bellas y estimables lectoras de *El Album de la Mujer* me hagan favor de tener en cuenta, por si las hubiesen preocupado en contra mía las palabras que, sin intención, escribió en su última carta mi adversario, y que acabo de copiar en uno de los párrafos anteriores.

Noble es, querido amigo, la causa que defiendes en estos estudios; nobles tus móviles y hábil tu pluma para emprender la defensa de aquella; pero debo advertir que noble es también mi papel en esta contienda, nobles y sinceras mis intenciones, y leal, desapasionado y noble á su vez, el móvil que me impulsa en el desempeño de mi tarea.

Jamás hubiera yo descendido de la buena cuna de mis principios; jamás hubiera rebajado mis convicciones ni mi caballerosidad; jamás hubiera manchado mi humildísima pluma consagrando mis esfuerzos á la defensa de una mala causa: en este punto, con solo decir que tú y yo militamos en las mismas filas, puedo levantar muy alto la frente sin bajar mis miradas ante nadie.

No pertenezco á ese vulgo imbécil que escupe al cielo al detractar á la mujer: á ésta la respeto con la profunda veneración á que tiene indisputable derecho, veneración nacida de las creencias religiosas que profeso, y de mis íntimas y plenas convicciones.

Lo mismo hubiera yo emprendido la defensa de la mujer que el ataque de sus defectos, si de antemano me tocara en suerte la fácil y cómoda tarea que desempeñas; pero como algo no había de llevar la palabra en contra, acepté, no obstante mis convicciones iguales á las tuyas, el árido trabajo á que dedico mi poco valer.

Arduo, pero también noble, es el cometido que me tocó; arduo porque señalo los defectos y extravíos que tiene la mujer (supuesto que mal podríamos llamarla un ente perfecto), provocando, al señalarlos, las iras de los que se dicen sus defensores ó de los que la adulan porque así les place; noble por la intención que me guía.

Por el motivo antes dicho, pero nunca por falta de nobleza en mi causa, el triunfo podrá quedar de tu parte. Indicar un defecto y pedir su remedio, no me parece que sea abrazar un mal partido; podrá sí acarrear el desagrado de los que se creen inmaculados en contra de quien hace tal indicación.

Colocadas las cosas en el lugar respectivo por medio de la advertencia aclaratoria que creí oportuno hacer, demos comienzo al desenvolvimiento de las ideas que, respecto de la madre, formarán la tercera y última parte de nuestros estudios.

Desde un principio advertimos ambos que, en cuanto á la mujer madre, estábamos enteramente acordes en nuestra manera de pensar; por esa razón no serán muy extensos los trabajos de los dos á este respecto, esperando solamente, una vez concluidos, el fallo con que nos juzgue la persona imparcial y erudita que de ello se encargue.

La maternidad, amigo mio, es la sublimación de la mujer; la maternidad es el estado que la purifica y la ennoblece, quitándole desde luego los defectos que antes pudieran afearla y llevándola al pedestal de las virtudes más eminentes.

La mujer madre es capaz de las acciones heroicas y sublimes dignas de la epopeya, y no vacila en dar su propia vida por conservar la de su hijo, en cuya cuna consume, la que llega á ese estado, no sólo la hermosura, don que en tanto aprecian las mujeres, sino hasta las horas más felices de la vida, y las distracciones que tanto satisfacen y halagan la vanidad femenil.

La madre, desde el momento en que lo es, renuncia para siempre á sí misma; ya no se pertenece un solo momento, se entrega en absoluto á su hijo querido, y no le satisface otra cosa que la inocente y angelical sonrisa con que éste corresponde á una caricia suya.

Laboriosa y llena de peligros es la adolescencia del hombre. Pues bien, la madre guía solícita y con sumo cuidado cada uno de los pasos vacilantes del niño; le enseña á balbutir las primeras palabras del lenguaje humano; adivina sus necesidades, se anticipa á sus deseos, le evita la más ligera incomodidad, y por la noche, cuando el niño va á entregarse al descanso de su sueño inocente, le hace unir primero entrambas manecitas, le muestra la imagen de María, Reina del cielo, y repite en los oídos del hijo amado las oraciones sencillas con que le enseña á dar gracias á Dios por los beneficios que de su bondad recibimos, y á despedirse de su padre con las palabras más bellas que es dado escuchar á un hombre.

En los tiempos borrascosos de la juventud, cuando los desengaños marchitan las ilusiones más queridas de nuestra alma; cuando vemos, tal como es, ese abismo que se llama corazón humano; cuando lágrimas de fuego comienzan á opacar el brillo juvenil de nuestros ojos, encontrando en cada afecto la falsía y en cada pecho el doblez, entonces la madre tiene para nosotros el bálsamo de palabras cariñosas y desinteresadas que mitiguen nuestro dolor, y caricias dulces y nobles para nuestra frente, y es la única amiga que nunca nos engaña, la confidente que no ríe de nuestros dolores ni divulga nuestras penas, la sola mujer que siempre nos ama sin cálculo, sin mira ninguna, sin celos, porque su amor es puro y verdadero, y el único que no se acaba nunca en el mundo.

La historia encierra numerosos ejemplos que comprueban lo dicho anteriormente, y cada hogar es un libro en cuyas hermosas páginas se puede leer la conmovedora y bella narración de los hechos que consuma una madre.

Arrebatadle á su hijo, que la muerte se lleve la esencia vital de ese pedazo de su corazón, y el dolor de la madre no tendrá humano consuelo, intentará reanimar con el calor de sus besos los labios cárdenos y helados de su hijo, se abraza con él, loca de aflicción, impulsada del deseo de darle su propia vida, de trasmitirle la sangre que por sus venas circula, llena de fuego y de salud, para así mirar otra vez lozana y floreciente la existencia de ese sér adorado. Cuando siente que aquel corazón que en vano estrecha contra el suyo, continúa inmóvil y yerto; cuando es preciso desprenderse para siempre de aquellos despojos queridos, no es el trascurso más ó menos largo del tiempo lo que consuela su pena, no es el olvido el epitafio que, al fin, quedará escrito en la losa del sepulcro, en donde duerme el hijo muerto; la madre llora inconsolable y para siempre; se repite á cada instante el nombre del sér que ha perdido, y pasa largas horas junto á la cuna vacía en cuyas almohadas aun se ven las huellas de la encantadora cabecita del ángel viajero que tornó á la patria inmortal.

¡La madre! ¿Qué nombre puede existir más bello y armonioso? ¿Qué corazón puede amarnos con el desinterés, con la constancia con que nos ama el suyo?

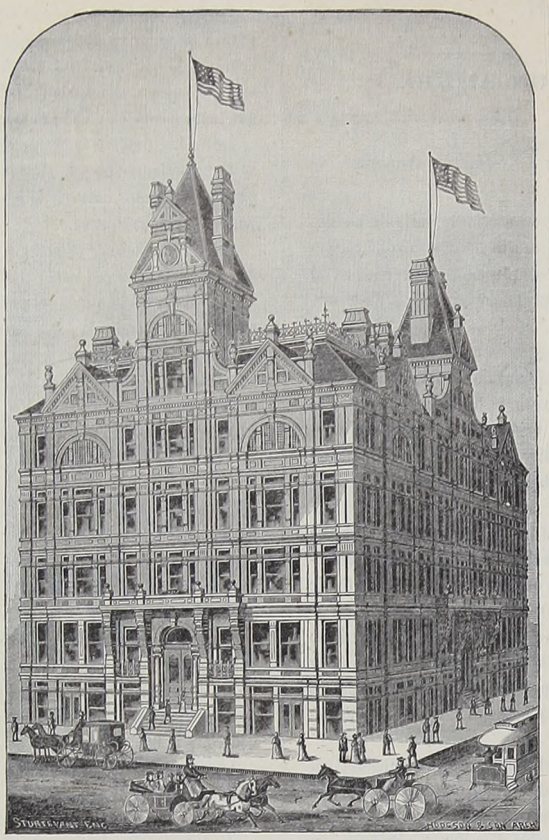
Dichosos mil veces los que aun podemos disfrutar la ventura inefable de imprimir nuestros besos en la frente de un sér tan grande y tan puro como el que me ocupa. Dichosos los que podemos oír el incomparable acento de sus palabras y encontrar el consuelo valiosísimo de sus caricias.

Para cantar dignamente á ese ángel de la tierra, preciso es pedir á un laúd de oro las mejores armonías de sus cuerdas; para hablar de la madre se necesita un lenguaje especial y divino; para comprenderla, para amarla y saber pagar con perfección lo mucho que le debemos, sería preciso un imposible, ¡tener el corazón del Mártir del Calvario, único Hijo que en la tierra supo amar, comprender y agradecer debidamente á su Madre divina y augusta!

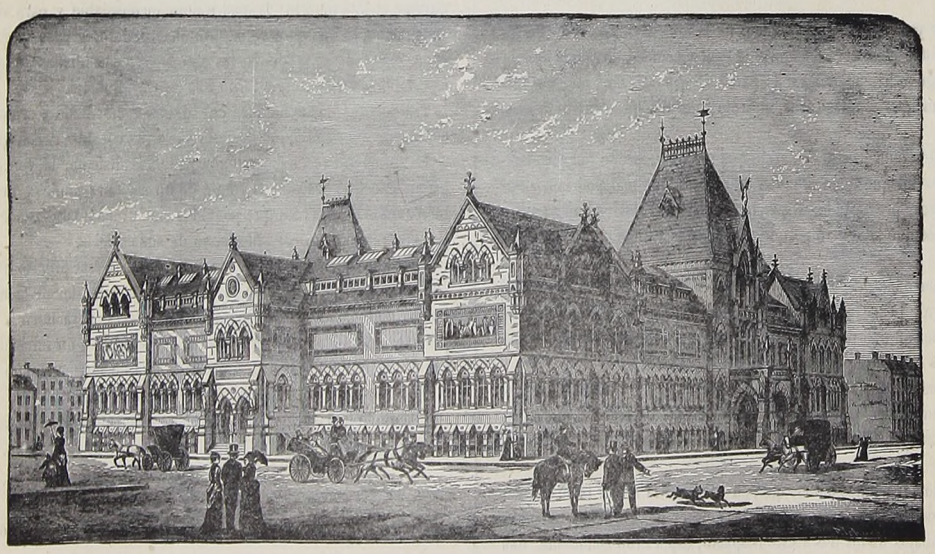
Otro dia, querido amigo, y con más extensión, volveré al asunto objeto de este estudio, con el ánimo de darle término si acaso es posible.

México, Diciembre 29 de 1886.

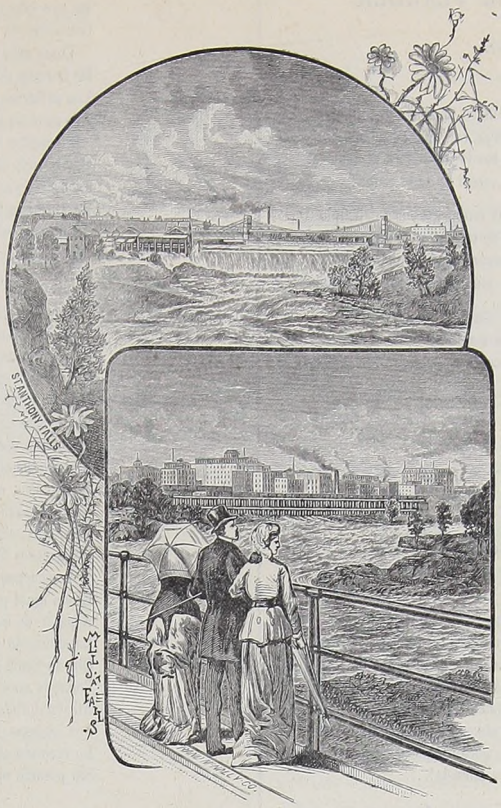
DOMINGO ELIZALDE.



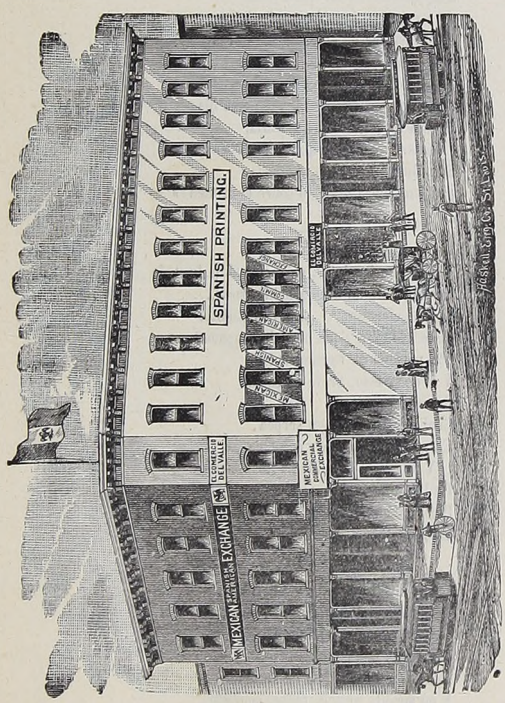
Cámara de Comercio en Minneapolis



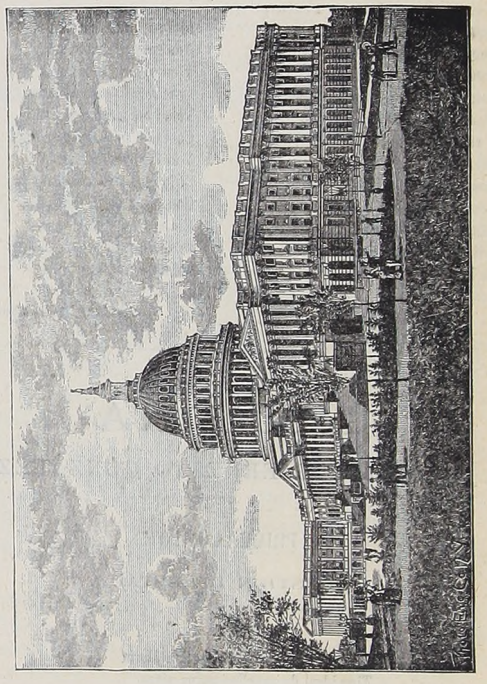
Museo de Bellas Artes en Boston



Cascadas de San Antonio en Minneapolis



Bolsa Hispano-Americana en St. Louis Missouri



El Capitolio de Washington

Á CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER.

8 de Diciembre.

Si cantas al valor y al patriotismo,
Mujer! tú tienes corazón de atleta;
Si cantas al hogar y al idealismo,
Tu numen es el alma del poeta.

Hoy, tus lampos de gloria, indeficientes,
Alumbran á las *letras españolas*,
Y el mar que separó dos continentes
Te arrulla con los tumbos de sus olas.

Se enorgullece España con tu nombre;
México, su hija, con afán te aclama,
Te canta el bardo, te venera el hombre,
Y gloria universal te da la Fama!

Eres de la mujer grandioso ejemplo
De estudio, de talento y de virtudes;
Y en cada corazón tienes un templo
Y un himno inmenso en todos los laúdes!

¡Bendita la mujer que se levanta!
¡Bendita, Concepción, tu alma inmensa!
¡Bendita la mujer que siente y canta!
¡Bendita la mujer que estudia y piensa!

Oaxaca, 1886. MIGUEL BOLAÑOS CACHO.

LA HUIDA DE LAS GOLONDRINAS.

Allá van, cruzando el aire
Las viajeras golondrinas....
Ya el alar abandonaron
De la choza campesina;
Y ya á la luz de la aurora,
En torno á las siemprevivas
Que decoran la ventana
Con el frescor de sus tintas,
Ni vuelan soñando amores
Ni el negro plumón agitan.

***

Allá van!.... Del fértil prado
En donde juegan las brisas,
Y la flor abre su broche
A los halagos del día,
Y es fresco y puro el ambiente,
Y el arroyo se desliza
Besando el frágil helecho
Que se mece en sus orillas,
Donde al suspirar la tarde
Voluptuosas las ondinas
Danzan en torno á las flores,
Y en la faz adormecida
Del ancho y brumoso lago
Que el horizonte limita,
Los arreboles del cielo
Lánguidamente se pintan,
Allí, en la apacible calma
De la soledad tranquila,
Irán á posar el vuelo,
Y á dormirse á las caricias
De la luna que se muestre
Entre gasas blanquecinas,
Como nuncio de consuelo,
Como emblema de la dicha....
Sitios de encanto que forja
Soñadora fantasía!....

***

Allá van.... ¡y cómo llevan
En las alas, escondida
De los primeros afectos
Toda la esperanza mía!
¡Cómo á su afán he confiado
Mis ilusiones queridas!

. . . . . .

Id á su jardín ameno,
Amorosas golondrinas,
Y en el alar de su reja
Descansad vuestras fatigas....
Volad en torno á su lecho,
Contadle mis negras cuitas,
Y al decirle que la adoro,
Si la encontráseis dormida,
Con vuestras ligeras alas,
En su frente alabastrina
Posad un ósculo ardiente,
Mensajeras golondrinas.

Venezuela. ALIRIO DIAZ GUERRA.

AURORA*

POEMA POR ERNESTO GONZÁLEZ.

PRIMERA PARTE.

CUESTION DE ESTADO.

I

La hubiérais conocido! Era María
Tipo ideal de aquellos puros séres
Que llamamos *mujeres*
Sin poder comprenderlos todavía.
La rosa unida al blando terciopelo:
El jazmín al coral más encendido:
De ojos más bellos que el azul del cielo,
Gérmenes de un amor indefinido.
Como nido de tórtolas, pendiente
De la rama de un sauce, en que contentos
Los polluelos están, era su mente
Albergue de inocentes pensamientos.
Su madre me contaba,
Que cuando ansiosa y de cariño llena
Su boca á sus mejillas acercaba,
De María en los labios se aspiraba
Algo como un perfume de azucena....

II

Era Alberto un mancebo afortunado,
A quien en lo exterior daré atrevido
El nombre ambicionado,
Simpático y querido
Para el vulgo falaz y alucinado:
Era lo que se llama *un buen partido*.
Noble presencia, ilustración brillante,
Afanoso viajero por Europa;
Joven, rico, elegante,
En Inglaterra y Francia largos años
Vivió feliz, sin apurar la copa
De placeres ó negros desengaños.
Y escuchad ¡oh lectoras! de mi cuento
El sin igual portento:
A pesar de que Alberto conociera
La extensión de ese amargo mar profundo
Que se llama *gran mundo*,
Bogando en él sin que jamás sintiera
Afición duradera
Por inglesas, francesas ó españolas,
Lo recorrió cual brisa de las olas,
Sin posarse ni en onda ni en ribera.

III

Un día, un triste día
En que el cielo velado
Por la bruma del Támesis sombría,
En un hotel de Londres ahumado,
Alberto, fatigado
É indiferente en un sillón yacía,
Al ver la densa niebla que ocultaba
De un palacio de enfrente la riqueza,
Se dijo así, moviendo la cabeza:
«Cuando mi padre el cielo contemplaba
Y hallaba, como encuentro en este día,
Oscura niebla, tenebrosa y fría
(Recuerdos son que á mi memoria oprimen),
Señalándome el cielo me decía:
¡La conciencia pesando sobre el crimen!»

IV

«La conciencia!... palabra que ha brotado
En medio de mi helada indiferencia....
Yo no quiero salir.... estoy cansado...
Hace frío.... y ¿qué haré desocupado?...
¡Mi examen de conciencia!»
Y al decir ésto, breve carcajada
Sucedió á tal idea,
Cual lívido relámpago serpea
En noche tenebrosa y enlutada.
Y prosiguió diciendo: «Reanimemos
De la estufa la llama....
Perfectamente bien.... ésto se llama
Un buen fuego tener.... Pues empecemos.»

. . . . . .

Brilló con luz incierta y amarilla
La lumbre del hogar; en su otomano
Sentóse el joven trémulo de frío,
La juvenil mejilla
Apoyando en la palma de su mano,
Y en aquella actitud, triste, sombrío,
Alberto pareció, sin duda alguna,
El hijo del placer y la fortuna
Pisando los umbrales del hastío.

* El nombre de Aurora no existe en el santoral de la Iglesia Romana.

V

«Mis padres, ay! que por mi mal murieron!
—Nuestro Alberto pensaba—
«¡Dios premie tu cariño!» me dijeron
Cuando un resto de vida les quedaba,
Y ambos al espirar me bendijeron.
Sus riquezas legáronme y su nombre
Puro é inmaculado,
Y que yo he conservado,
Joven, sin mengua, y con honor, ya hombre.
Yo siempre al desvalido y al anciano
Tendí robusta y generosa mano,
Que en la vida es deber del hombre fuerte
Por el débil luchar y con la muerte.
Jamás hice pedazos
Corazón de mujer á mí rendido,
Pues nunca he comprendido
Lo que quieren decir de amor los lazos:
Mal se puede juzgar lo no sentido.
¿Qué promesa, qué santo juramento
Dejé yo de cumplir?... en este punto
Dudar de mí es sentir remordimiento....
Eh! vamos á ótro asunto.»
Y abstraído en su grave pensamiento
Aquel dichoso joven de mi cuento
Inmóvil se quedó como un difunto.

VI

¿Y sabeis ¡oh lectoras!
Cuál fué la consecuencia
De aquel tremendo examen de conciencia
En que Alberto gastó dos largas horas?
Pues quedar convencido
De que en los siete lustros que contaba,
Siempre fué caballero muy cumplido;
Que ya tanto viajar le fastidiaba,
Y que para tan fino caballero
El tiempo era llegado
De abandonar la vida de soltero,
Regresar á su patria alborozado,
Una esposa buscar, hacer un nido,
Y al fin.... en su sillón quedar dormido.

VII

¿Qué tiene nuestro México, me dije,
Cierta ocasión en que me hallaba á solas,
Que á pesar del embate de las olas
De tanto y tanto mal como hoy lo aflige,
De una civil y despiadada guerra,
De gobiernos, no padres, si verdugos,
Cuyas mudanzas en su virgen tierra
Cambios son nada más de férreos yugos;
Qué poderoso imán tiene su suelo,
Su suelo idolatrado,
Que tanto mexicano expatriado
Sólo bajo su cielo
Viene á encontrar la dicha que ha buscado,
Como el pájaro errante
Que á su nido regresa palpitante?
¿Por qué á mil extranjeros
Jóvenes, miro, llegan de muy lejos,
Y tras lustros enteros
Mueren en nuestro México.... de viejos?
Al concluir de hacerme esa pregunta
Me acordé de mi madre ya difunta,
Y pensando en sus santas perfecciones,
Ví en la hija de México encarnadas
Las gratas ilusiones,
Imán de corazones
Que en ella encuentran dichas no soñadas.
Y convine en que, pese á la francesa,
A la glacial inglesa,
O á la gentil y airosa sevillana,
La mujer mexicana
Es el tipo ideal de las mujeres,
Modelo de firmeza en sus deberes,
De virtud y de gracia soberana.

México, 1887. *Continuará.*

MODAS.

PARECE imposible, después de tan constante uso, que el terciopelo no se retire, fatigado de su larga campaña. Lejos de eso, la Moda le impone como tela á propósito para trajes de invierno; tanto es así, que para vestidos de visita, en muchos, en los más ricos, se acepta la falda lisa de terciopelo, y la túnica de lana, por ser esta última más dócil á los mil caprichosos pliegues, hoy de novedad é irreprochable elegancia.

El pekín y el cachemir, graciosamente combinados con delantal y túnica particularmente, constituyen vestidos de muy buen gusto, sobre todo para jovencitas, y los *redingots* para paseo de terciopelo y holgados, rectos, ceñidos en la espalda por una sola costura, han sido aceptados por muchas de nuestras damas recién llegadas de París. Se les adorna invariablemente con tiras de piel, y el terciopelo no debe ser liso sino tener algún dibujo, cuando más menudo mejor.

La especialidad importantísima de sombreros propios para teatro, preocupa á nuestras elegantes, y parece que triunfa la idea de cubrir dichos sombreros de tul, adicionándoles bullonados de *surah* con adornos de perlas ó penachos de finísima pluma. Las capotas generalmente se adornan con lazos, y algunas hemos visto de raso blanco, pequeñas, casi diminutas, que eran una maravilla de buen gusto. El calañés, la gorrita *Toque* y el sombrero redondo, son los únicos para calles que consideramos graciosos. Otros mil modelos hemos examinado en nuestras tiendas de modas; pero nos parecen ó exagerados ó ridículos, por cuyo motivo no tenemos idea de consagrarles una sola línea en nuestras quincenales revistas de *El Album*.

Nosotros, fieles á nuestro programa, escrupulosamente cumplido desde que apareció en el estadio de la prensa *El Album de la Mujer*, sólo reflejamos en sus columnas aquellos caprichos de la moda que nos parecen de buen gusto y sencillos. No sabríamos escribir para la mujer, haciéndonos eco de cuanto por lo costoso induzca á las familias á sensible ruina, porque entonces nuestro principio económico, siempre defendido con tesón, caería al suelo falto de bases.

Queremos la elegancia y la economía, el orden y la sencillez en todo lo concerniente al gobierno doméstico, y la Moda algunas veces se extravía de este sendero, el único propio para facilitar el cumplimiento de los múltiples deberes femeninos.

Madrid. JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

VICTORINA Ó HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

—Perdona mi severidad, Mario mio; esta exaltación, estas dudas que me atormentan son hijas de un sentimiento que ni tu helada indiferencia podría agotar.

—Cándida, te ruego no me quites el gran valor que para dejarte necesito. En medio del indecible júbilo que al estar á tu lado experimento, una gota de acíbar se mezcla á tanta dulzura; esta amarga gota es el recuerdo de mi deber, que me ordena marchar.

Debemos separarnos: mi protector, el señor duque, me espera, y quiere que le dedique la velada de hoy. Si tú me lo permites saludaré á tu madre; deseo repetirla que siempre te amaré; quiero estrechar tu mano, acariciar con mis ojos tu frente, aspirar el ambiente de la morada que habitas tú.

—¡Oh, sí, llama en la puerta mientras anuncio á mamá tu visita, que Marta te abrirá.

Cinco minutos después de este diálogo, Marta, la buena anciana que no quiso abandonar á la familia caida en la indigencia, la generosa criada que no admitía retribución alguna por sus servicios, salió á la puerta con una vela en la mano para conducir al cuarto de sus amas á su señorito, pues así llamaba á Mario.

—¿Cómo está usted, doña María? preguntaba Mario, estrechando con emoción la mano de la madre de Cándida.

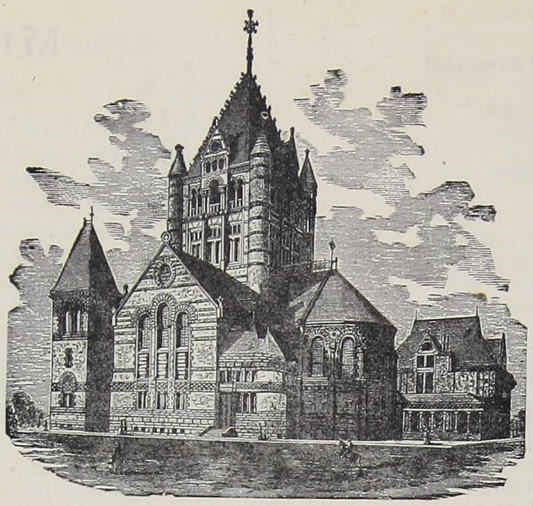
—Bastante mal, amigo mio; la aproximación del invierno hace sufrir mucho á mi quebrantada salud.

—Esperamos que este año lo pasará usted mejor; el reumatismo no es muy constante, y algún dia se cansará de mortificar á usted. Por otra parte, yo uniré mis ruegos á los de Cándida, y Nuestra Señora de las Angustias fortalecerá su salud.

—Es usted muy buen amigo, y le doy anticipadas gracias por las plegarias que me ofrece, y que creo muy eficaces. ¿Cuándo es la marcha, señor mio?

—Mañana, señora; no es posible dilatarla por más tiempo, y le aseguro que me afecta cuanto usted no puede imaginar.

—Sin embargo, la vida que va usted á emprender es muy fascinadora; la vida del buen poeta es muy brillante en Madrid, y usted va á la corte precedido de un gran nombre literario.



Iglesia de la Trinidad en Boston

—Crea usted, señora mia, que si los médicos no me hubieran prescrito como único medio de aliviar mi vista el abandono de los pinceles, jamás me hubiera movido de Granada, á pesar de los encantos que usted supone para mí en Madrid.

—No dudo en estos momentos de la veracidad de sus palabras; mas mi experiencia le asegura que Madrid es un Leteo, y que pocos jóvenes dejan de beber sus aguas.

—Hágame usted el favor de no confundirme en el número de los demás: yo no puedo olvidar á Cándida, porque es un ángel que posee las más ricas virtudes. El amor de Cándida, sólo su amor me impulsa á dejar mis alegres sierras, mis risueños valles, mis montañas bordadas de flores y las hondas márgenes del Darro, por las áridas orillas del mísero Manzanares. Precisamente vengo á solemnizar mi palabra ante usted; vengo á prometerle, á fe de caballero, casarme con su hija en seguida que le pueda ofrecer una posición que le proporcione las comodidades que ha perdido, y que tanto necesita. Le juro á usted por lo más sagrado que....

—Deténgase usted, nada de juramentos, caballero: yo quiero que mi hija sea amada espontáneamente, sin que se obedezca á promesas cuyo cumplimiento pudiera ser más bien hijo de la hidalguía que del amor.

Doña María se levantó y dijo á Mario en voz baja: termine usted pronto esta escena, porque mi hija se halla demasiado afectada.

Mario contestó en la misma voz:—Sí, doña María, debo marchar.

—Hija mia, llama á Marta para que prepare luz.

Cándida desapareció comprendiendo en las miradas de su madre que la indicaba desahogase su llanto y entrara serena.

Doña María reprimió sus lágrimas y tendió su mano á Mario, diciéndole algo turbada:—Tenga usted presente que de usted depende la vida de mi hija; es una delicada sensitiva, no sea usted el huracán que destroce sus hojas y azote su tallo.

—Señora, procuraré ser para ella templada y acariciadora brisa y no devastador aquilón.

Cándida acababa de entrar fingiendo una sonrisa, pero tan mal fingida, que parecía más bien una lágrima en los labios.

—Adiós, querida Cándida—decía Mario estrechando su mano;—ruega á Dios por mi porvenir, que será el tuyo.

—Vivirás en mi corazón mientras éste palpite.

—Adiós, señorito Mario—añadió Marta acompañándole;—escriba usted pronto para saber cómo ha llegado.

—Adiós, buena mujer, cuide usted mucho á las señoras.

La puerta rechinó sobre sus goznes y se cerró, quedando todo en silencio.

Eran estas señoras, la familia de un empleado que había vivido espléndidamente; mas la enfermedad de él, crónica ya, concluyó con los ahorros que tenían hechos y murió legándoles la miseria y orfandad.

Doña María, anciana y siempre enferma, no podía ayudar á su hija en las labores; de manera que esta joven se veía obligada á sostener los gastos de la familia con el producto de sus bordados y costuras. Su trabajo no podía proporcionarles todo lo necesario; así es que vivían llenas de privaciones hasta verse reducidas á dejar la bonita casa que en la Plaza Nueva habitaban, vendiendo todos los muebles, y trasladarse á la desvencijada casa del barrio del Albaicín, en la cual las hemos presentado á nuestros lectores.

(Continuará.)

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES.

Washington, capital de los Estados Unidos del Norte.—Esta importante ciudad está dividida en dos partes iguales por la calle del Capitolio y la de Pensilvania. Tiene muchas plazas públicas: sus principales edificios son el Capitolio ó Congreso de los diputados, magnífico monumento de piedra, cuyo dibujo damos hoy; la casa del Presidente de la República particular y oficial, y los Ministerios y la Galería de hombres célebres, dibujos todos que publicamos en nuestro número. La casa de gobierno, llamada Casa Blanca, es de lo más notable de Washington. Los cimientos de esta capital de la gran república norte-americana, se pusieron en 1791, en el solar elegido por el ilustre general que le ha dado su nombre.

Museo de bellas artes en Boston.—Los Estados Unidos del Norte, que construyen con grandiosidad sus edificios, no tienen sin embargo gran instinto estético, pues no los embellecen con detalles de arte. Por ese motivo los museos, si bien contienen gran número de obras, no son de las mejores, pues los mejores museos del mundo son los de Roma, Nápoles, París, Florencia, Madrid y Londres. El de Boston, sin embargo, tiene gran importancia relativa.

Cascadas de San Antonio en Minneapolis.—La vecina república es muy rica en aguas de todas clases. Allí existen el famoso Mississippi y la renombrada catarata del Niágara. En muchos puntos hay cascadas, siendo una de las más famosas la que hoy damos en nuestro grabado.

Bolsa hispano-americana en San Luis Missouri.—Al presentar hoy el edificio en donde se hacen grandes contrataciones, debemos decir en elogio de sus iniciadores, que su objeto ha sido fomentar las relaciones comerciales entre todos los pueblos americanos. En esta bolsa se cotizan todos los valores de América, especialmente los de México. Es un edificio de mucho costo y levantado con gran gusto y con toda comodidad.

El Capitolio de Washington.—Aun cuando mencionamos antes este suntuoso edificio destinado á Congreso de los diputados, debemos manifestar que se construyó inspirándose el artista en el templo y ciudadela de Roma, edificados en el monte Tarpeyo y dedicados á Júpiter; pero si bien sus dimensiones son mayores que las del Capitolio romano, no tiene tanta belleza artística.

Iglesia de la Trinidad en Boston.—Aun cuando en los Estados Unidos impera la religión protestante, existen 2,517 iglesias católicas, entre las cuales se cuenta la que hoy damos en nuestro grabado, de forma esbelta y muy espaciosa. Boston, cuna de Franklin, es uno de los puertos más importantes de la vecina república, en donde se encuentran buques de todas las partes del mundo.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas.....$ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas.....$ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.